

**Julio César Pinto Soria**

## **El difícil camino de Miguel Ángel Asturias<sup>1</sup>**

Historiador, Guatemala

[pintosoria@gmail.com](mailto:pintosoria@gmail.com)

*En memoria del Maestro Jorge Sarmientos*

### **Asturias y la política**

El 19 de octubre de 2012 se cumplieron cuarenta y cinco años de que Miguel Ángel Asturias (1899-1974) recibiera el Premio Nobel de Literatura. En Guatemala la fecha pasó desapercibida, no interesa, como no interesa su vida, mucho menos la obra. A continuación se abordan algunas etapas poco conocidas o polémicas de Asturias, viéndolo a la par o desde la visión de Luis Cardoza y Aragón y desde su relación con Gabriel García Márquez, que ayudan a entenderlo mejor.

El nombre de Asturias, después de una larga carrera creativa, brilla y se oscurece en los años de la Guerra Fría del siglo pasado. El auge y la caída están relacionados con el boom de la novela latinoamericana de los años sesenta. Es decir, los escritores que, reflejando los vientos renovadores de la Revolución Cubana (1959), toman partido por el cambio social en América

---

<sup>1</sup> El presente ensayo se publicó en dos partes en el suplemento cultural *El Acordeón* de *El Periódico*, Guatemala. La primera parte apareció bajo el título “El difícil camino de Asturias” el 5 de mayo de 2013 (<<http://www.elperiodico.com.gt/es/20130505/elacordeon/227834/>>). La segunda parte apareció el 13 de julio de 2014 bajo el título “Una pelea entre escritores: Asturias y García Márquez” (<<http://elperiodico.com.gt/es/20140713/elacordeon/250728/>>).

Latina. Asturias y Cardoza forman parte de este grupo de novelistas y poetas. Algunos de los escritores de la época del boom, como Cardoza, asumieron el compromiso sin que el autor y la obra fueran afectados. Asturias, por el contrario, enfrenta dificultades para desenvolverse en el mundo de la política, lo que termina ensombreciendo su vida y obra. El compromiso político provocó rupturas entre escritores, como con Mario Vargas Llosa y Gabriel García Márquez. Entre Cardoza y Asturias la posición política es también lo que atrae y aleja, poniendo fin a la amistad. Las rivalidades literarias tendrían un papel significativo, algo común entre literatos.

La relación con Cardoza no habrá sido fácil, a quien se le recuerda exigente y duro, rasgos que se acentúan al polarizarse la vida política guatemalteca con el derrocamiento del Presidente Jacobo Arbenz Guzmán en 1954. A principios de 1965, en la ciudad alemana de Leipzig durante una conversación entre Asturias y Mario Payeras, recuerdo claramente a Asturias lamentándose por alguna actitud o reproche de Cardoza. Y uno podría pensar que los vínculos fueron siempre así, de amor y odio; aunque se sabe poco sobre sus relaciones, a no ser lo que expone Cardoza en su último libro *Miguel Ángel Asturias, casi novela* (1991). La versión de Asturias sólo la podrá dar una amplia biografía, todavía ausente.

Los temperamentos eran definitivamente diferentes. Si Cardoza era rebelde, Asturias iba a la defensiva, se acomodaba. Cardoza no era hombre de desasosiegos, dependencias. Asturias sí, dependiente de la madre, “la jefa”, del alcohol, de Blanca Araujo, la esposa que lo ayudó en su lucha contra este lastre, decisiva en la escritura y promoción de la obra. En el Instituto Nacional Central para Varones, con doce años, a la hora de un infamante bautismo –costumbre ancestral en un país de patanes–, Asturias se aguantó, pero al final soltó el llanto. Terminó buscando refugio entre los menores, a quienes les recitaba versos y contaba leyendas (ver Olivero 1980). Cardoza vivió una situación similar, pero se enfrentó a uno de los grandulones logrando que lo dejaran en paz. “Intransigente con los principios”, como lo recuerda Tito Monterroso, más de una disputa con Cardoza terminaría a golpes.

## Los años ubiquistas

Los años de París entre 1924 y 1933, escribe Cardoza, fueron los “más felices” de Asturias. O en eso los convierte el retorno a la Guatemala de Jorge Ubico (1931-1944), una de las etapas más enigmáticas de su vida. Había abrazado todos los vanguardismos y creado una de las mayores obras literarias. Se hundirá, sin embargo, en la abyecta dictadura ubiquista. Si al principio tuvo proyectos (por ejemplo, presenta en 1934 una obra de teatro), estos se frustran conforme se endurece la dictadura. La labor literaria se limita al periodismo, la poesía, a revisar la propia obra. En 1940 el tirano lo nombra diputado del congreso que lo reelige por tercera vez. Asturias, quiera o no, se convierte en un funcionario del dictador.

Por ese tiempo, a un año de casado y ya con un hijo, Asturias está bien establecido. Uno de los altos funcionarios de Ubico, el General Miguel Ydígoras Fuentes, después Presidente de Guatemala (1958-1963), es el padrino del hijo, Don Rodrigo, como le gusta llamarlo. En un “poderoso Lincoln Zephir color verde”, su chofer recorre la ciudad para conseguirle los mejores ingredientes y bebidas para las grandes comilonas cuando lo visitan poetas de los países vecinos. Así vivirá hasta la caída del tirano (ver Vázquez).

Para eso estaba la “tranquilidad” de la dictadura, para beber, satisfacer la gula, discutir sobre el sexo de los ángeles, nunca sobre política, lo que se castiga terriblemente. En los eventos presidenciales, en cuyos banquetes se da cuenta de los animalitos de la Finca Nacional La Aurora (faisanes, venados, etc.), el tirano es llamado “nuevo Bartolomé de Las Casas”, “redentor de su pueblo”. Se precia de impartir “divina justicia” y es inclemente fusilando mujeres. A la par, cubeta en mano, “en sumario traje de baño”, “como una corpulenta y sonrosada dama”, disfruta buscando almejas en las playas del país (ver Samayoa Chinchilla). Un mundo enfermizo y asqueante, que con gobernantes como éste, locos, asesinos y corruptos, se mantiene vivo en Guatemala. Asturias lo exorcizó en *El Señor Presidente*; soportarlo hasta ser parte de él le habrá costado mucho alcohol.

En Guatemala Asturias era un ilustre desconocido. Las *Leyendas de Guatemala*, que le dan fama internacional (1930), no las conocía casi nadie. Ubico, como a los otros intelectuales, lo despreciaba. Una casta de vagabundos buenos para nada. Su lugar era el encierro, el destierro, el cementerio. O ser cooptados como Asturias. En el fondo, miedo visceral, pues eran ellos los que podían encender la chispa de la desobediencia. Así sucedería con Ubico, así fue con Estrada Cabrera (1898-1920), en cuya caída Asturias participa, recuerdos que ahora le amargarían la vida.

Enfrentado a la terrible contradicción de vivir contra todos sus principios, Asturias se hunde en el alcohol (ver Albizúrez Palma). Para muchos habrá sido un personaje poco simpático. Los viejos escritores lo consideran engreído; los contrarios al régimen como Cardoza, un “colaboracionista”. Carlos Illescas, un joven poeta que no le perdonaría el ubiquismo, y que tampoco conocía las *Leyendas de Guatemala*, lo recordará como un personaje “totalmente negativo” (ver Arias).

Esa es la imagen que acompañaría a Asturias. Después de las noches de farra le muestra a los amigos bebedores el manuscrito de *El Señor Presidente*, que mantiene oculto en una de las paredes de la casa. Un hecho trascendental en esta vida a la deriva fue la visita de Pablo Neruda en 1940. Asturias, esquivando el control policíaco del dictador, lo hospedó en la casona de la Parroquia Vieja. Hablaron sobre literatura, declamaron sus poemas. Asturias le leyó orgulloso capítulos de *El Señor Presidente*, testimonio de la oposición a la dictadura que le arruina la vida. La bebida, las buenas viandas, pues este goce de la vida también los unió, no faltaron. Entendieron que habían “nacido hermanos y casi ningún día nos separamos” como recordaría después Neruda. Neruda fue como el pasar de un cometa. Asturias vivió la dictadura hasta el final, signada año con año con la modorra del opio de las procesiones de la Semana Santa. Flavio Herrera relata que lo encontró totalmente borracho, vestido de cucurucho, en un parque del centro de la ciudad. Cardoza no deja de solazarse al relatar el episodio. Pero, como escribe Mario Payeras, emborracharse hasta el embrutecimiento formaba parte del ambiente, lo que hacía y sigue haciendo buena parte de los guatemaltecos, frustrados y frustrantes, sacudiéndose cada veinte años alguna dictadura, para volver a caer en lo mismo.

Derrota, indefensión, a punto de “derrumbarse”, fue la impresión de Cardoza a la caída del tirano. Así habrá sido a veces la vida de Asturias. Rodrigo, el hijo, recuerda que de niño lo sorprendió, en un momento de desesperación, tratando de quemar uno de sus manuscritos (ver Hurtado Heras). En esta batalla, hundido en situaciones que parecen borrarlo del mapa humano, remontar el vuelo, consumir la obra, Asturias resulta una figura heroica. Con la Revolución de Octubre de 1944 se inicia la etapa que lo lleva al Premio Nobel, que estará, como antes, marcada por altibajos.

### **El escritor comprometido**

Desde los años veinte Asturias vio la literatura en función de la identidad latinoamericana. Las crónicas prehispánicas, los textos de Bartolomé de las Casas, la crónica de Bernal Díaz del Castillo –“la primera gran novela latinoamericana”–, reflejaban la protesta social, en medio de la cual se forja la identidad americana. Esto, según Asturias, diferenciaba la literatura latinoamericana de la europea, en otra etapa de la historia, menos interesada por la problemática social (ver Harss 2012).

En los años cincuenta y sesenta, cuando se agudiza la escena política en América Latina, Asturias retoma la visión del compromiso social. Muchos escritores se considerarán exiliados o perseguidos en sus países, y escriben parte de su obra en el extranjero. Asturias, a la caída del presidente Arbenz, es uno de ellos. Su vida política pasará desde presidir la Asamblea de Los pueblos, celebrada en protesta a la de Punto de Este en Uruguay en 1961 bajo los dictados de Estados Unidos (donde se expulsa a Cuba de la OEA), hasta aceptar la embajada de París durante el gobierno represivo de Julio César Méndez Montenegro (1966-1970). Asturias será visto como “oportunista”, aunque pocos como él sufrieron en estos años las consecuencias del compromiso político.

La Trilogía bananera, iniciada en 1950 con *Viento Fuerte*, narra la penetración de los monopolios estadounidenses en Guatemala. Con ella patentiza Asturias su compromiso social. La

primera novela de la trilogía fue calificada de panfleto político. Al contrario de *El Señor Presidente*, reescrito diez y nueve veces a lo largo de los años, *Viento Fuerte* surge en un par de semanas. Su objetivo era popularizar las metas del movimiento revolucionario de 1944. Buena o mala literatura, la novela fue incinerada a la caída de Arbenz. Asturias fue señalado de comunista. Le quitaron el pasaporte y la ciudadanía guatemalteca. Luis Harss, quien estuvo en Guatemala entre 1959 y 1960, no encontró un solo libro suyo en las librerías. Asturias, escribe Harss, estaba prohibido.

Esta negación, prohibido en su propia patria, no la conocerían muchos escritores latinoamericanos, que en medio de todo entraban y salían de su país, eran leídos, apreciados. En 1967, cuando Asturias recibe el Premio Nobel, se vendieron en México de inmediato veinte mil ejemplares de *El Espejo de Lida Sal*. Hasta los años ochenta, pasando por los momentos culminantes del Premio Nobel y su muerte en 1974, la obra de Asturias no se publica en Guatemala (ver Navarrete 2001). Asturias afirmaba que estaba dentro de Guatemala, que nunca lo podrían sacar. Eran desahogos, también la certeza de que era inseparable de Guatemala. Pues, les gustara o no, por sobre sus terribles desgarramientos, él le había dado una cara única, la había reinventado recreando sus paisajes, hablas, costumbres y leyendas, su voz interior, como le dijo nostálgico a Harss en 1965. Y él, también le dijo, para poder ser, escribir, necesitaba siempre volver a escuchar esa voz.

En 1965, cuando Harss escribía *Los nuestros*, un libro sobre los diez escritores más importantes de América Latina, entrevistó a Asturias en Génova. Residía en un piso sin calefacción, apenas amueblado. Para sobrevivir escribía artículos, daba conferencias, entrevistas. En medio de recaídas en la bebida, con el apoyo de Blanca, su obra fue reconocida, hasta aparecer como finalista del Premio Nobel, que finalmente obtiene en 1967, un año después del Premio Lenin. El optimismo por buenos y mejores tiempos, que no le durarían mucho, resalta en la entrevista con Harss, que cierran declamando a dos voces su Tecum-Umán: “el de las altas torres verdes, verdes, verdes”.

## El enigmático Asturias

Asturias utilizó la entrevista con Harss como lobby para el Premio Nobel. Lo escrito por Harss a su favor lo corrigió hiperbolizándolo, sobre todo resaltó su vida de hombre comprometido, el que al retorno a la Guatemala ubiquista se encuentra “otra vez luchando contra la dictadura”. Estas actitudes han dado lugar, con razón, a que se le tilde de farsante, oportunista. O así se vio, así quiso que lo vieran, con un compromiso que, en “resistencia silenciosa”, como describe los años ubiquistas, mantuvo vivo en lo más profundo. Pues la vida es como uno la recuerda, o quiere que lo recuerden. Asturias ni siquiera firmó una lista de notables pidiendo la renuncia del tirano. Pero tampoco fue intelectual orgánico suyo, otras de las acusaciones de Cardoza. Se consideraba el Gran Lengua, la memoria de su pueblo; lo que su obra, donde vio el compromiso, no desmiente.

El mundo en que vivió Asturias experimentó cambios trascendentales. El, por su lado, permanecería hombre chapeado a la antigua. Alaide Foppa, en una visita que le hizo en los años cincuenta en la casa de la Parroquia Vieja, donde pasó la niñez y los años de juventud, recuerda las paredes tapizadas con imágenes católicas. Al recibir el Premio Nobel le compró de inmediato una nueva túnica al Cristo de la iglesia de su antiguo barrio. Harss, quien entrevistó a los treintañeros escritores del boom antes de volverse famosos, lo vio como un señorón del siglo XIX, en el vestir y las actitudes, grandilocuente, ceremonioso, comportamiento que apreciaba en sus compatriotas indígenas.

*Hombres de maíz* según Harss, colocaba a Asturias entre los innovadores de la literatura latinoamericana, lo que le regatearán los escritores del boom. Su humildad le ganó el afecto de Harss. Su obra, le dijo, era solo el inicio de las grandes novelas que vendrían después. El cuadro lo completaba Blanca, “simpática y enérgica”, una argentina hábil para desenvolverse en el mundo de las relaciones. Un buen equipo, del que dependía la obra: “tribunal”, “refugio” de los desposeídos, escribe Harss.

Pero en una entrevista que le hace Tomás Eloy Martínez en 2008, por la insistencia en portar un “inconsciente maya”, Harss lo recuerda como un “viejo farsante”. Asturias, al asegurar

que no era más que un “indiecito”, reflejando el paternalismo ladino de los guatemaltecos, sólo confirmaría la visión de Harss.

Cardoza no era un pobre diablo carcomido por la envidia. En su último libro, con todas las ambigüedades, afirma que está intentando entenderlo, pero que Asturias se le evade, que ya muerto se ríe de él. Cardoza resalta sus lados oscuros, las grandes crisis, de donde surgen sus “páginas más brillantes”. Escribe a casi veinte años de muerto su amigo, como insiste en llamarlo hasta la última página. Con los recuerdos afloran los reproches, los viejos rencores. Y uno podría pensar que Asturias, en esa manía suya de morirse y quedarse en vela, se sigue riendo de Cardoza, quien efectivamente no entendió o aceptó que Asturias sólo podía ser como fue, y no como él hubiera querido que fuera.

Hasta dónde Asturias era como lo ven y no como lo que realmente fue, es también otra cosa. Mario Monteforte Toledo tiene las mismas dificultades con Asturias. Alude a los altibajos, sus muertes y resurrecciones, a un vía crucis en medio del cual, con su literatura, inventa a Guatemala. Un escritor brillante, al que le aguantó “todas sus debilidades”. Monteforte lo señala de “miedoso”, en parte porque no mostraba lo que escribía, pero esto puede ser pudor, superstición, temor a los malos augurios.

En resumen, cómo era realmente Asturias, lo sabría solo él mismo. Ni ángel ni demonio, sino como los de su medio, atormentados con la obra, “pobrecita gente”, como se dolía la “Gaba”, la mujer de García Márquez. Pero también gente de reyertas terribles, de rencores implacables, que si de la obra se trata, Gogol escribió un bello cuento sobre esto, se alían con Dios o con el Diablo. Desde principios de la carrera literaria se hizo de enemigos peligrosos, empezando por Jorge Luis Borges, quien nunca soportó que Asturias recibiera el Premio Nobel y no él. Asturias se movió en este mundo de envidias y rencores, y algo tendría en común, algo habrá aprendido, sobre todo a defenderse, aunque quién sabe. Según Luis López Álvarez, era un hombre “particularmente desvalido”, la indefensión en persona, a quien la simple obligación de defenderse ya paralizaba. Cierto o no, con García Márquez entabló una polémica infeliz, de la cual no levantó cabeza, y que será el objeto de las próximas líneas.



## Una pelea entre escritores: Asturias y García Márquez

La década de los años sesenta fue conflictiva en el mundo de los escritores latinoamericanos, enfrentados por diferencias de generación, por las visiones políticas, los liderazgos y el control de los mercados editoriales, de tanta importancia en el despegue del famoso boom. Miguel Ángel Asturias, Premio Nobel, era un blanco atractivo en estas polémicas, pues rebatiéndolo, descalificándolo, ciertos autores afirmaban la propia imagen pública.

El Premio Nobel de Literatura que se le otorga a Miguel Ángel Asturias en 1967 pareciera marcar el clímax y el eclipse de su carrera literaria. Si se mide por este hecho, no por el valor de su obra, independiente de tales altibajos, la gloria literaria que otorga dicho premio duró solo un par de años. Asturias muere en 1974 y ya entonces su nombre empieza a desvanecerse. No tuvo tiempo, como los otros escritores del boom latinoamericano de los años sesenta, de proteger su obra contra el olvido. Tampoco contó con un país que lo respaldara, ni entonces ni después, como fue el caso del escritor mexicano Carlos Fuentes. Este texto no intenta defender o enaltecer la figura del escritor guatemalteco. Asturias, polémicas aparte, es uno de los fundadores de la nueva novela latinoamericana del siglo XX. Su lugar en la historia de las letras universales es indiscutible.

El artículo forma parte de un trabajo mayor que se tiene en marcha sobre la literatura y la política en la América Latina de los años sesenta y setenta del siglo pasado. El objetivo son los contextos históricos, la relación de Asturias con los hechos y figuras políticas y literarias de su tiempo, en este caso, las circunstancias especiales en que se establece una relación conflictiva con el escritor colombiano Gabriel García Márquez en los años de la Guerra Fría. La obra de los escritores del boom se enfoca como parte de los contextos; se trata de un intento de carácter historiográfico, no literario.<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup> El texto fue escrito con anterioridad al reciente fallecimiento de García Márquez en abril de 2014, cuya presencia viva prevalece en el ambiente. La singularidad humana de este escritor “caribe”, como quiso que recordaran sus raíces populares, su afán por ser querido, lo que logró con creces, el invariable compromiso con América Latina, marcado por los sueños de una revolución latinoamericana que terminara con una historia de vasallajes, injusticia y miseria, que casi todos los demás autores del boom echan por la borda, permanece viva a la par de su literatura.

## Los contextos del enfrentamiento

Hacia finales de 1970 y principios del año siguiente, en el clima de rivalidades literarias y enfrentamientos políticos que acompañan al boom de la literatura en América Latina, entonces en pleno auge, como también la Guerra Fría que dividiría el mundo de las letras, el guatemalteco Miguel Ángel Asturias, Premio Nobel en 1967 y desde el año anterior embajador de Guatemala en París, se convierte en el centro de la polémica entre los escritores latinoamericanos.

Todo comenzó, supuestamente, con la afirmación de Asturias de que la novela *Cien años de soledad*, publicada por García Márquez en 1967, era un plagio de *La búsqueda de lo absoluto*, del francés Honoré de Balzac. Asturias hizo la afirmación a mediados de 1971, cuando *Cien años de soledad*, reeditada por millares de ejemplares, era el *bestseller* del momento (ver Chao). A partir de entonces, hasta su reciente fallecimiento, García Márquez se convertiría en uno de los escritores más famosos del mundo. La fama, el esnobismo, nunca fue del gusto de este escritor, un rasgo que, por el contrario, caracteriza en general a los autores del boom, a quienes la afirmación de Asturias les dolió, pues fue como tocar a Dios con las manos sucias. “Péguele a Asturias”, “Asturias viejo chocho”, afirmaría indignado Carlos Fuentes en uno de los tantos textos virulentos que despertó entre los escritores el comentario de Asturias (ver Pacheco).

Carlos Fuentes, novelista mexicano integrante del boom, un escritor dandy que también portaba la aureola del compromiso político por el apoyo a la Revolución Cubana de principios de 1959 (aunque luego se distanciara de ella), era entonces una figura poderosa en el mundo de las letras del continente. El chileno José Donoso, uno de sus amigos y protegidos, le temía terriblemente (ver Donoso, *Correr*). Donoso, miembro del nuevo movimiento literario, autor de una *Historia personal del boom*, cerró igualmente filas contra Asturias (ver Donoso, *Historia*). Su literatura, “retórica de sangre-sudor-y-huesos”, afirmó, estaba destinada a desaparecer bajo “el musgo del tiempo”. Asturias había apoyado a Carlos Fuentes en su carrera literaria, este a su vez reconoció la trascendencia de la obra del guatemalteco. Ahora estaba en su contra, y esto, junto con el rechazo de los otros escritores del boom, resultaría fatal para Asturias.

García Márquez vivió su gloria literaria a partir de *Cien años de soledad*, y en esta gloria parece permanecer para siempre. Los otros escritores del boom no han tenido la misma suerte. Hoy difícilmente habrá alguien que aguante a leer una de las novelas de José Donoso. Carlos Fuentes, fallecido hace unos años, hasta el último momento figura pública de rango mundial, a través de premios, eventos culturales, celoso guardián de su obra, seguramente será leído por algún tiempo. Igual sucede con el peruano Mario Vargas Llosa, conocido desde los años sesenta como la vedette pública del boom, incansable promoviendo la imagen y la obra literaria, aunque definitivamente sin el valor de la del colombiano, se lleva al menos el galardón del Nobel, y un marquesado que al escritor “caribe” le habrá importado un pepino.

Los motivos y circunstancias que dan lugar al enfrentamiento entre Asturias y García Márquez son hasta hoy confusos. Los principales actores y testigos han fallecido, entre ellos Carlos Fuentes; como el también escritor mexicano José Emilio Pacheco, quien ante el tono denigrante utilizado contra Asturias, “en todo el ámbito de la lengua española”, terció en la polémica defendiendo su obra. García Márquez, figura central en el enfrentamiento, habló siempre poco sobre el tema. Ahora, hundido en el mundo fantástico de los Buendía, matando el tiempo haciendo y deshaciendo pescaditos de oro, mucho menos. El escritor mexicano Vicente Leñero estuvo presente en el momento en que se desencadena la polémica y trasciende a la prensa; pero, hombre entrado en años, relata desde el recuerdo y a veces parece confundir fechas, nombres, circunstancias de cómo se inicia la polémica.

Los hechos, tal y como sucedieron, desaparecen poco a poco en el hoyo oscuro de la memoria. No han sido estudiados, parecen no interesar. Mucho menos interesa la figura literaria de Miguel Ángel Asturias, a quien hoy, a cuarenta años de su muerte, pareciera no recordar nadie. El oscurecimiento de Asturias es parte y resultado de la terrible Guerra Fría que azotó en especial a Guatemala con tenebrosas dictaduras militares y su causa de persecución, muertos y desaparecidos, cerca de un cuarto de millón, la cifra más alta de toda la América Latina. Mientras en Guatemala se satanizaba a Asturias de comunista, se condenaba su nombre y la obra al olvido; en el exterior, donde había brillado su literatura y su posición de escritor comprometido, se vio

envuelto en una oscura polémica alimentada de las mismas raíces de la intolerancia política, solo que exacerbada por las rivalidades y el arribismo literario.

Asturias fallece en España en junio de 1974, en un extraño momento en que la conjunción entre literatura y política favorece a unos escritores y desfavorece a otros. Asturias había pasado malos momentos, pero este, en la última etapa de su vida, cuando se le enaltece y luego se le cuestiona, fue sin duda el más difícil. Muere en la soledad, desterrado de su país, que con excepción de la conmoción pasajera que causa el Premio Nobel en pequeños grupos de escritores e intelectuales, no supo valorar la trascendencia de su figura histórica. Siempre había sido así; pero ahora, en medio de esta polémica que lo denigra y le amarga los últimos años, la soledad y la nostalgia por la patria, adquieren otras dimensiones. A no ser el apoyo que siempre tuvo en Blanca, su esposa, de un par de amigos que permanecen fieles al hombre y su obra, Asturias, de repente, después de la fanfarria del Premio Nobel, se quedó solo.

### **Asturias, Premio Lenin, Premio Nobel**

En los años cincuenta y sesenta, con la publicación de *El Señor Presidente* (1946) y de *Hombres de maíz* (1949), Asturias se convierte en el pionero de una nueva literatura en América Latina, su nombre trasciende las fronteras del continente. En 1966 obtendrá el Premio Lenin de la Paz, el año siguiente el Premio Nobel de Literatura. En esta forma Asturias alcanza la etapa a la que aspira por lo regular todo escritor: el reconocimiento mundial, ser parte de una literatura universal. Así, al menos, veía Asturias la obtención de los dos premios. Tenía razón, en ese entonces era uno de los autores latinoamericanos más leídos a lo largo del planeta. Poco tiempo después esta situación cambiaría drásticamente. Su nombre y la obra caerían en el olvido.

El Premio Nobel, el más codiciado de todos los premios literarios, por sí solo motivo suficiente para despertar las mayores envidias y rencores en el sensible ego de los escritores, no era un premio fácil, no lo fue por lo menos para Asturias. Aunque se le consideraba un reconocimiento netamente literario, en torno suyo gravitaban los oscuros intereses de la Guerra

Fría, que en una u otra forma podían afectar la vida y la obra de los escritores (ver Espmark).<sup>3</sup> Para Asturias, Premio Lenin y Premio Nobel, la situación fue más difícil. El primero, se afirmó en Guatemala, solo se le otorgaba “a los escritores comunistas”. Una forma de descalificar el Premio Nobel, de mantenerlo alejado de Guatemala, donde gente como él, “comunistas”, no tenían lugar. En la izquierda aceptar los dos premios, a no ser casos como el poeta Pablo Neruda, fácilmente podía convertir a un escritor en “oportunista”. Ya enfrentados, fue una de las acusaciones que le hizo García Márquez a Asturias en los años setenta. Entonces, para entender la actitud del escritor colombiano, y la de otros que le hicieron la misma acusación, Asturias cargaba ya con el estigma de haber sido embajador en París del militarizado y represivo gobierno de Julio César Méndez Montenegro (1966-1970). Pero esto es historia de otro artículo.

En una entrevista que le hace el periódico mexicano *El Heraldo* en 1972, un año después de que estallara la polémica con García Márquez, se presenta a Asturias como el Premio Nobel que poco tiempo atrás había despertado “la atracción de todos los reporteros del mundo”. Por ese tiempo Asturias andaba ya a la defensiva. Entonces, en solo cinco años, el otrora famoso Premio Nobel era más conocido como el escritor que había cuestionado la novela más leída de García Márquez, traducida a los principales idiomas del mundo, mientras su nombre pasaba cada vez más a segundos lugares. En la entrevista, cuando le recordaron el tema, Asturias respondió ofuscado, evadió hablar sobre algo que solo le había ocasionado disgustos.

La notoriedad, la fama repentina, que García Márquez después de *Cien años de soledad* diría que casi le “desbarata” la vida, resultaría fatal para Asturias. García Márquez, hombre joven, hábil, en un mundo que reflejaba sus propias inquietudes políticas y literarias, decidido a hacer realidad todos sus sueños de escritor, supo manejarlo. La fama, además, era la glorificación, no el infierno que le tocó vivir al escritor guatemalteco. Asturias, en vez de disfrutar las mieles del triunfo, cumplir con las metas literarias que consideraba todavía pendientes, pues la capacidad de “jugar con las palabras” de donde había nacido *El Señor*

---

<sup>3</sup> La novela *Doctor Zhivago* del ruso Boris Pasternak, Premio Nobel en 1958, fue por ejemplo utilizada por la CIA en los años cincuenta para desacreditar al régimen soviético.

*Presidente* y sus demás obras, permanecía la misma, se vio arrastrado, ya septuagenario, gravemente enfermo, en las controversias y cuestionamientos de una época compleja y cambiante. Un mundo que no maneja, lo confunde y al final lo derrota.

La vinculación entre política y literatura que marca a los escritores del boom está estrechamente relacionada con los cuestionamientos políticos, sociales, económicos y culturales que plantea la Revolución Cubana de los años sesenta en América Latina. García Márquez y Vargas Llosa representan a este hombre de letras rebelde, como muchos otros escritores y poetas, comprometidos, dispuestos a todo por la revolución latinoamericana que debía introducir una nueva época en el continente, como también a defenestrar al adversario si de la carrera literaria se trataba, un rasgo que caracteriza a este movimiento literario.

García Márquez y Vargas Llosa, distanciados después por las divergencias que provoca entre los escritores la Revolución Cubana, formaban entonces una pareja inseparable, unidos por las metas literarias como también por las políticas. Los dos, jóvenes y ambiciosos, convencidos de la necesidad de crear una literatura que respondiera a las visiones y postulados de la nueva época en América Latina. Asturias, hundido en esta tarea desde años atrás, estaba de acuerdo con la importancia de renovar los canones de la literatura latinoamericana, pero como parte y resultado de la tradición literaria del continente, no negándola, descalificándola, como harían los autores del boom. La atmósfera polarizada de la Guerra Fría oscurece los contornos de esta polémica. Resulta difícil, por ejemplo, deslindar hasta dónde García Márquez se enfrenta a Asturias por rivalidades literarias - afirmó que él le enseñaría a escribir sobre la dictadura - y hasta dónde por divergencias en los principios políticos a los que, al contrario de los bandazos de un Vargas Llosa, García Márquez permanece fiel a lo largo de su vida.

La década de los años sesenta fue conflictiva en el mundo de los escritores latinoamericanos, enfrentados por diferencias de generación, por las visiones políticas, los liderazgos, el control de los mercados editoriales. Poetas y escritores como Pablo Neruda y Jorge Luis Borges saben llevar las diferencias políticas, no se soportan, pero se evitan, se respetan. Entre otros escritores la situación es distinta. Figuras literarias como el peruano José María

Arguedas, autor de *Los ríos profundos*, una de las mejores novelas latinoamericanas, son duramente descalificadas por escritores jóvenes y ambiciosos como Vargas Llosa, dispuestos a todo por la fama literaria. Asturias, Premio Nobel, era un blanco atractivo en estas polémicas, pues rebatiéndolo, descalificándolo, se afirma la propia imagen pública. Asturias, además, ofrecía otra ventaja: nunca fue bueno en tales lides, enmudecía o se dejaba provocar, se desbocaba, como en la pelea con García Márquez.

El Premio Lenin y el Premio Nobel, paradigmas de la Guerra Fría que dividía al planeta en buenos y malos, simbolizan estos tiempos convulsos en que la política y la literatura en cierta forma corren parejas. Pues así, según el compromiso social, se juzga a los escritores. Asturias, con la afirmación de que el escritor era una “conducta moral”, en lo que creía desde la década de los veinte, estaba de acuerdo. Sus amigos de entonces, de los años de la estancia de París, lo recordaban significativamente como un “católico leninista”. Asturias seguía siendo el mismo; los tiempos, los paradigmas políticos, el lugar que se asigna o asumen los escritores, habían cambiado. Esta disparidad de mundos marca las vicisitudes que vive Asturias en las décadas de los años cincuenta y sesenta cuando su literatura y su compromiso social son rebasados, cuestionados o distorsionados por los intereses y visiones de un mundo político radicalizado entre comunistas y no comunistas, en medio del cual se encuentran los escritores.

En esta atmósfera conflictiva de la Guerra Fría, donde se cuestionan los paradigmas políticos y literarios, tiene efecto el enfrentamiento entre Asturias y García Márquez. Las divergencias entre ambos tenían más de un origen. Las rivalidades de orden generacional y literario parecen ser importantes; pero también estaban las diferencias entre dos escritores que hasta entonces habían compartido la trinchera de los escritores comprometidos con la causa de una nueva América Latina, que se ven enfrentados cuando Asturias en 1966, en un momento sumamente complejo en la vida política de Guatemala, decide representar en la embajada de París a un gobierno que implantará la persecución política y la práctica de las masacres que ensombrecen el siglo XX de este país. Este fue el principio de la tormenta que terminaría ensombreciendo la gloria literaria que le trae a Asturias el Premio Nobel de 1967.

## Bibliografía

- Albizúrez Palma, Francisco. *Itinerario de Asturias*. Guatemala: Editorial Cultura, 2008.
- Arias, Arturo. *La identidad de la palabra*. Guatemala: Artemis Edinter, 1998.
- Cardoza y Aragón, Luis. *Miguel Ángel Asturias Casi Novela*. México: Era, 1991.
- Chao, Ramón Luis. “Cien años de soledad, ¿Plagio de Balzac?, pregunta M.A. Asturias”. *Revista Triunfo* XXVI.472 (1971): 54.
- Donoso, Pilar. *Correr el tupido velo*. Madrid: Alfaguara, 2009.
- Donoso, José. *Historia personal del boom*. Santiago: Alfaguara, 2007.
- Espmark, Kejll. *El Premio Nobel de Literatura. Cien años con la misión*. Madrid: Editorial Nórdica, 2008.
- Foppa, Alaide. *Miguel Ángel Asturias*. Guatemala: Editorial Praxis, 1999.
- Harss, Luis. *Los nuestros*. Madrid: Alfaguara, 2012.
- Hurtado Heras, Saúl. “Entrevista con Rodrigo Asturias Amado”. *Espéculo* 37 (2007) <<http://www.ucm.es/info/especulo/numero37/asturias.html>>.
- Leñero, Vicente. “Lo que sea de cada quien. El desliz de Miguel Ángel Asturias”. *Revista de la Universidad de México* (enero 2010). <<http://www.revistadelauniversidad.unam.mx/7810/pdf/781enero.pdf>>.
- López Álvarez, Luis. *Conversaciones con Miguel Ángel Asturias*. Madrid: Magisterio Español, 1974.
- Navarrete Cáceres, Carlos. “Miguel Ángel Asturias: recuento de ediciones guatemaltecas”. *Revista Estudios* (Universidad de San Carlos de Guatemala, agosto 2001, 3ª época): 2- 13.
- Neruda, Pablo. *Confieso que he vivido*. Memorias. Madrid: Seix Barral, 2011.
- Olivero, Juan. *El Miguel Ángel Asturias que yo conocí*. Guatemala: Editorial Centroamericana, S. A., 1980.
- Pacheco, José Emilio. “Asturias y García Márquez, Epilogo de una tragicomedia”. 1971. <<http://apostillasnotas.blogspot.com/2007/03/asturias-y-garca-mrquez-eplogo-de-una.html>>
- Perdomo Orellana, José Luis, y Gerardo Guinea Diez. *Mario Monteforte Toledo – Diccionario Privado*. Guatemala: Magna Terra Editores, 2002.
- Samayoa Chinchilla, Carlos. *El Dictador y yo*. Guatemala: Imprenta Iberia, 1950.



Vázquez, Miguel Ángel. *Las voces de la memoria*. Guatemala: Editorial Oscar De León Palacios, 1999.